

Ganimedes

= Ennio del autor. =

PERSONAJES:

TROS, Rey de Dardania }
 CALIROE, la Reina } padres de Ganimedes.
 GANIMEDES, hijo de Tros y Caliroe y el más hermoso mancebo de Grecia.
 TANTALO, Rey de Sipilo, enviado de Zeus.
 PLACIA, joven enamorada de Ganimedes, biznieta de Teucro.
 ZEUS, convertido en águila para robar a Ganimedes.

CORO DE NINFAS Y NAYADES.

La acción se desarrolla en los tiempos legendarios de Grecia.

GANIMEDES

La escena se desarrolla en Dardania, al pie del monte Ida, en el Asia Menor, país fundado por Dardano, abuelo de Ganimedes. A la derecha se distingue la entrada del palacio real, en el fondo el monte Ida, a la izquierda un bosquecillo. Ganimedes y Tántalo conversan tendidos sobre el césped. Es de noche; la luna derrama los esplendores de un hermoso plenilunio y múltiples estrellas aparecen en el cielo de color azul profundo.

ESCENA I

Ganimedes, Tántalo.

Ganimedes.—La luna es como un ampo de plata refulgente, como una perla núbil que arrastra la corriente.

Tántalo.—No mires a la luna, que la luna es traidora; tiene la palidez de nácar de la Aurora, más produce en el alma curiosas embriagueces... No mires a la luna.

Ganimedes.— ¡Ob los negros cipreses! Sus sombras se destacan en las blancas llanuras cual ojos esculpidos en albas esculturas...

Tántalo.—No mires a las sombras, nocturnos coribantes que imitan de la muerte los gestos anhelantes. No mires a las sombras.

Ganimedes.— Las fulgidas estrellas parecen coro sacro de jóvenes doncellas, que encienden en la noche la luz de sus fanales para mecerse al ritmo de danzas siderales...

Tántalo.—No mires las estrellas, dan sed de lo infinito!

Ganimedes.—Mirarlas quiero al punto, mirarlas de hito en hito, vagar entre sus lumbres, cruzar el ancho espacio, llegar a los umbrales del inmortal palacio, donde las sacras Musas en esplendente coro agitan sus panderos y cítaras de oro.

Las flores me han brindado sus cálidos aromas, frescura los follajes y arrullo las palomas.

Al son de los acordes del dulce caramillo, sobre la verde gama do pace el corderillo, cabe las ricas galas del trémulo bosqueje que incendia con sus fuegos el oro del celaje,

he visto de las ninfas la danza primorosa, de náyades desnudas la piel color de rosa, el rápido revuelo de faunos embriagados con el jugoso zumo de néctares dorados, y al borde de las fuentes nimbadas de colores decirse mil ternezas, contarse mil amores, probar en labios rojos la miel del Himeneo que incitan y enardecen las fiebres de Lico.

Todo esto palidece mirando a las estrellas, ¡oh lirios impolutos del firmamento! Ellas diría que me hablan de goces más serenos que los salvajes goces de ninfas y silenos...

¿Qué sensación es ésta? ¿Qué anhelos y ansiedades inflaman mi alma entera con nuevas claridades?

Tántalo.—Escucha, Ganimedes. Yo soy aquel que un día el cetro de Sipilo llevó con gallardía, hijo de Zeus y Pluto, soy inmortal. No obstante, comparto con los hombres la vida trashumante. Nacido en un palacio para reinar, no peino las canas que producen el gobernar un reino; que Júpiter, mi padre, torciendo mi camino, del rey hace un esclavo, del dios un peregrino; quitándome tesoros me cumple su promesa: soy como los mendrugos de su dorada mesa. Asisto a los concejos de dioses y de diosas,

conozco bien a fondo sus almas rencorosas, sus íntimos secretos, intrigas y temores, la fuerza de sus armas y el fin de sus amores. Pero, ay! ¿para qué quiero vivir entre deidades si a todo instante temo sus locas veleidades?...

Ganimedes.—Ob Tántalo, no sigas. Tu cruel melancolía quebranta de la noche la plácida armonía. Los vientos han plegado sus alas sonoras, hay música en los cielos, hay música en las cosas; vibrar parece todo como una inmensa lira que canta en cada estrella y en cada flor suspira. Y mientras tiembla todo con ansias de infinito, elevas tú en la noche tu discordante grito. Te quejas de los dioses que dan esta hermosura, que dan belleza y gloria y encanto a la Natura. Porque ellos han amado con un amor profundo los seres fugitivos que habitan este mundo, porque en remotos pueblos e incógnitas edades dejaron algún sello de sus divinidades, nacieron con los reyes gloriosas dinastías que aún cantan los rapsodas en sacras melodías, los héroes realizaron sus inclitas hazañas en mares procelosos, abismos y montañas, y el hombre, poseyendo la luz de la sapiencia, penetra los misterios del arte y de la ciencia. Del orto y del ocaso la pompa iridiscente los trémulos cristales de la ondulada fuente, la espuma de los mares en copas de esmeraldas, de bosques rumorosos las húmedas guirnaldas, el nido de las aves y el cáliz de las flores, han visto de los dioses los fervidos amores. Por eso en toda cosa hay algo de divino, de santo y armonioso, de bello y peregrino. Y tú, mientras te asientas en la eternal morada, conservas en la tierra tu alma aprisionada; suspiras por tu reino, tu cetro y tu decoro, cambiando por el barro la esplendidez del oro. ¿No ves cómo yo aspiro, desde estas soledades, mirar el sacro rostro de las divinidades y me parece que oigo su melodioso acento en el trinar del ave y en el cantar del viento?...

Tántalo.—Ob pobre Ganimedes! La fiebre está en tus venas; presiento de tu sino las innombrables penas. Hijo de Tros, escucha.

Ganimedes.— No quiero ya escucharte.

Tántalo.—Atiende mis palabras.

Ganimedes.— Suplicote callarte.

Tántalo.—Pues bien, si tú lo quieres, me callaré. Mas vengo de parte del dios Zeus, y entre mis manos tengo la clave de tu sino. Propúeseme advertirte... Mas ¿para qué?... Estás sordo. No más quiero decirte.

Ganimedes.—¿Qué son esos enigmas? ¿Qué son esos mensajes?

Tántalo.—Ayer estaba Zeus tendido entre celajes de ópalos purpúreos y sílices dorados con broches de carbunclos y jaspes delicados; la luz deslumbradora del rayo rutilante dormía en sus regazos cual vívido diamante y el águila, entreabriendo sus emplumadas galas, mostraba en una nube la pompa de sus alas. Bajo su negra barba sonría el Prepotente, la calma más augusta pintábase en su frente, el brillo de sus ojos manaba tal dulzura que cuanto él veía llenaba de hermosura. Y los eternos dioses, en grupos esparcidos, al hijo de Saturno miraban complacidos. Entonces, dulcemente, con gesto zalamero, cual tórtola amorosa que busca al compañero, la Reina del Olimpo presenta en rica copa el néctar que ha tocado su perfumada boca a Zeus, quien lo apura sonriente de alegría y ordena que a los dioses se vierta la ambrosía. Hebe, la muy hermosa, sus cráteras alista y en copa de topacio y en copa de amatista, sirviendo iba a los Dioses; mas ¡ay! que de repente su planta sigilosa deslízase imprudente y al pie del Soberano cayó dando alaridos, en actitud indigna.... Los dioses conmovidos